

LECCION NOVENA.

CONTINÚA EL EXÁMEN DE LA CUESTION DEL TRABAJO
Y DE SUS CONDICIONES. ¹

I.

El deseo, Señores, de adelantarme á prevenir las objeciones contra mis asertos, y de dar á conocer de antemano y de léjos, — por decirlo así, — la tendencia de mis principios, me ha obligado á detenerme con preferencia en una condicion originaria del trabajo, no tanto porque la crea la primera en revelarse, cuanto porque me parece que no ha sido hasta ahora demasíadamente observada, ni exacta y profundamente comprendida. Pero ciertamente en esta condicion, por fundamental que sea, y por transcendentales que hayan de parecernos sus consecuencias, no se resúmen todas las condiciones del trabajo individual. Claras son, sin embargo: á la vista de todos están. Son tan óbvias y tan naturales, que no nos detendremos en explicarlas, ni tal vez las hubiéramos señalado siquiera, si la mayor parte de las cuestiones, que acerca de ellas se han suscitado, no tuvieran por objeto más bien que darlas á conocer, abolirlas ó modificarlas.

El trabajo del hombre, Señores, no es más que el empleo y ejercicio de sus fuerzas, dirigido por su voluntad

¹ Esta leccion fué la que hizo más efecto en el Atenéo, cuando en él se pronunciaron.

(Nota del Compilador.)

y por su inteligencia, para la satisfaccion de sus necesidades y deseos, y para el cumplimiento de sus obligaciones.

El trabajo, pues, tiene, Señores, condiciones físicas, tiene condiciones morales, tiene un objeto, y debe tener un resultado. Su condicion física es la lucha y la fatiga, cuyo extremo es el dolor y la penalidad. Emplear fuerzas, vencer resistencias, luchar á brazo partido con las fuerzas de la naturaleza, sufrir la accion de los elementos, y la inclemencia de las estaciones, arriesgar la salud, exponer la vida, arrostrar el dolor, sacrificar el reposo, privarse á veces del diario sustento, son las formas y accidentes físicos y naturales de la actividad humana en todas las variadas manifestaciones de su empleo.

En ésta parte, las lenguas son más filosóficas que la ciencia. En todos los idiomas, trabajo es sinónimo de dolor, de padecimiento; y es altamente significativo, Señores, aunque parezca una vulgaridad; es altamente digno de notarse, porque revela el sentimiento y el instinto del hombre, que en nuestra lengua, para significar desgracias y desventuras, y padecimientos y privaciones sufridas, se haya consagrado la frase *pasar trabajos*.

Yo sé bien, Señores, que esta expresion, más que filosófica, es profundamente cristiana: ella explica la resignacion al dolor: ella significa la conformidad del hombre á la ley de su miseria, y á la flaca condicion de su existencia: ella quiere decir que los padecimientos y las tribulaciones no son una excepcion monstruosa de la naturaleza, ni un rigor inmerecido de la suerte, ni un producto maléfico de la sociedad, sinó la condicion natural de su vida, tanto como cavar la tierra, tanto como arrostrar los furores del mar, ó las inclemencias del cielo.

Hay una piedad inefable, hay una moralidad sublime en esta sinonimia, que confunde los infortunios del alma y las calamidades de la vida, con las ocupaciones habituales, con las circunstancias ordinarias y comunes de la humana existencia. Pero siempre será cierto que esta paridad, si puede servir para endulzar la desgracia, quitándole la calidad de excepcion, ó de anatema, no sirve sinó para identificar más y más al trabajo con la idéa y con el sentimiento del dolor y de la fatiga.

Lucha, fatiga, padecimiento, esfuerzo, violencia, dolor; — no hay que dudarlo, Señores, — tales son las condiciones físicas del trabajo del hombre. En vano algunos sofistas elevarán clamores contra este riguroso principio, proclamando que intentamos hacer decreto del cielo, y condicion de la naturaleza, lo que no es más que resultado de la sociedad, y obra del hombre mismo. La providencia de Dios, y el sentimiento universal del género humano protestarán eternamente contra esos sofismas de la inteligencia orgullosa y rebelde. Tanto valdría decir que las dolencias y enfermedades no estaban en nuestra naturaleza, ni en nuestra condicion; sinó exclusivamente en nuestros excesos, en nuestra educacion, ó en nuestra falta de precauciones.

Hubo un hombre, Señores, en nuestros días, que pasó toda su larga y penosa vida en proclamar la doctrina de que el trabajo es placer; y en todas sus páginas, — regadas las más de ellas con las lágrimas de la miseria y de la amargura, — se está revelando que su vida, empleada en el trabajo de predicar á los hombres lo que él creía la verdad, fué un contínuo y prolongado martirio. Este hombre fué Cárlos Fourier, una de las más raras y poderosas inteligencias que ha visto el mundo. Demasiada-

mente olvidado y desconocido de la sociedad en que vivió, solamente porque no supo, como Juan Jacobo Rousseau, dar á sus pensamientos la forma de folletos elocuentes, ó de novelas interesantes, descendió á la tumba, predicando el placer, y repleto de dolores.

¡Fuéraisle á demandar en el miserable lecho de su agonía, por la verdad de su principio! Tal vez no le hubiera querido desmentir: tal vez os hubiera contestado que su pasion por la verdad, había sido más grande que todos sus infortunios. ¡Su pasion! — Tambien yo le respondería con la filosofía de la lengua..... ¡La pasion! Cuatro mil años de Historia han consagrado esta palabra. *Pasion* es el padecimiento; y pasion han llamado los hombres y los siglos á la exaltacion de nuestros afectos, al desarrollo, al empléo, á la aplicacion tenaz y exclusiva de las fuerzas morales. Pasion, padecimiento, angustia, dolor, han llamado, — ¡coincidencia admirable! — los hombres y los siglos al trabajo del alma, como han llamado trabajos á los dolores del cuerpo!

II.

Perdonadme, Señores, si, al parecer, insisto demasiado sobre verdades muy triviales; sobre principios y hechos demasiadamente conocidos. Vosotros, los que con atencion tan bondadosa habeis escuchado desde el principio mis explicaciones, teneis la experiencia de que otros, sin duda innumerables, podrán ser mis defectos y mis errores; pero que no ha sido mi costumbre detener por mucho tiempo la consideracion sobre idéas muy conocidas,

sobre principios muy vulgarizados. Si hoy insisto con tanta pesadez sobre estas nociones, sobre estas creencias, sobre estos sentimientos, que son hace tantos siglos, que son, desde el principio de los tiempos, patrimonio comun del género humano, y que han sido en todos los países y en todas las edades, el catecismo práctico de los hombres, debeis sospechar que no en vano recuerdo estas verdades triviales y primitivas, y que de alguna manera vendrán á colocarse en el orden de las consideraciones, que forman el objeto de nuestros estudios.

Si Señores; no lo dudeis un momento. De estas verdades viejas y comunes, de estos aforismos triviales y repetidos por las eternas lamentaciones del género humano, es de donde tenemos que tomar nosotros la refutacion de aquellos sofismas malévolos, ó de aquellos sistemas bien intencionados, que aspiran á reformar las condiciones generales de las leyes sociales y económicas de la humanidad. Todos estos sistemas, Señores, resumidos, destilados, exprimidos, alquitarados y reducidos á la más ténue dilucion, como dicen los médicos homeópatas, se reducen á suprimir la condicion moral y la condicion física, que es la penalidad y la fatiga. Todas las pretensiones del socialismo, por lo que toca á la cuestion de la cual nos ocupamos, se reducen á estos dos resultados, á estas dos consecuencias, hechas ya principios fundamentales de todos esos sistemas: convertir el trabajo en placer; asegurar de tal manera el trabajo productivo, que en ninguna condicion pueda faltar al hombre la necesaria subsistencia.

Debemos confesar, ante todo, que nada en verdad nos parece más filantrópico, nada más humano que estas pretensiones. Guardémonos, por tanto, de condenar

el espíritu que les ha dado vida, la intencion generosa que les ha comunicado impulso, que las ha lanzado en la arena de la discusion y de la teoría. Nadie cultiva las ciencias; nadie se consagra á las penosas tareas de un estudio profundo, sinó con la intencion del bien, y con la pasion de la verdad. Puede haber, Señores, en los instrumentos y agentes secundarios de toda reforma y de toda revolucion, personas que no busquen otra cosa que el provecho de sus intereses, ó la satisfaccion de sus pasiones. Hay en todos los sistemas, como en todas las revoluciones, ciertos hombres, que vienen detrás de los de iniciativa ó de doctrina, para recoger en bienes y ventajas personales, y en voga y proselitismo de interesados adeptos, los frutos de una situacion, que otros han creado; de un principio, que otros han descubierto ó extendido.

Afortunadamente, Señores, estos hombres nunca son de ciencia; son de medianía ó de ignorancia: léjos de extender principios, aborrecen, difaman, persiguen ó combaten, ridiculizan ó insultan á los que los profesan; y su accion, — que se limita á desacreditar en el terreno de la práctica la causa que no sirven, pero de la cual se aprovechan; los principios que falséan ó abjuran, pero á los que han debido su primera fama, — su accion, decimos, no puede alcanzar á envolver en su anatema á los que errada ó acertadamente se arriesgan á ser los apóstoles, y con frecuencia los mártires, de una innovacion política ó de una reforma social.

En estos hombres, que han consagrado su existencia con perseverancia y entusiasmo al culto de una idéa, ó al desarrollo de un principio, no séré yo jamás el que deje de reconocer el más noble, más loable, más generoso empléo de las facultades humanas, aunque el princi-

pio sea falso, aunque las consecuencias sean erróneas, aunque el intento sea una ilusión. Y si esto lo miro así, aun respecto de aquellas doctrinas, que pueden presentarse desde luego como peligrosas y trastornadoras, ¿cómo podríamos dejar de hacer justicia al corazón y á la inteligencia de aquellos hombres, cuyo pensamiento constante, cuya idea capital, cuyo móvil eterno, cuya pasión de toda la vida fué sin duda el alivio de las miserias humanas, y la mejora y perfección de lo que ellos creían, de lo que ellos pudieron y debieron pensar que era efecto y resultado, no de la organización misma de la humanidad, sino de las instituciones sociales?

Justicia, sí Señores; justicia para todos. Y justicia sobre todo para aquellos, que en el camino de una ilusión generosa, no dejaron de sembrar verdades fecundas, y de recoger observaciones luminosas, que podrán emplearse útilmente en provecho de la misma causa, á que con tanta abnegación y con tanto fervor se consagraron. Justicia, sobre todo, para el halago y la risueña perspectiva con que debió presentarse á sus ojos el objeto á que aspiraban, y los filantrópicos resultados á que sus estudios y trabajos les conducían.

Convertir en placer el trabajo del hombre; quitarle toda su dureza y su fatiga; asegurar la subsistencia de las masas; hacer desaparecer la miseria y el embrutecimiento, que la acompaña, en las clases condenadas á los rudos trabajos mecánicos; dejar á todos los individuos de la especie humana ocio y tiempo para cultivar las facultades intelectuales, y los afectos de su corazón; asegurar á todos un puesto digno, noble y decoroso en lo que se ha llamado el banquete de la vida; quitar la incertidumbre del sustento y el temor de la miseria, y dar una esperan-

za segura al empleo de todas las fuerzas, á la dirección de todos los talentos, y hasta al impulso y natural desarrollo de todos los instintos y de todas las pasiones, era, Señores, un objeto tentador, tanto como un resultado glorioso; y la posibilidad de alcanzarle podía justamente presentarse á la imaginación, en cierta manera, como una nueva redención del género humano.

La Redención del cristianismo había dado ya por consecuencia ostensible y material, la abolición de la esclavitud, y el ennoblecimiento y hasta la santificación de la pobreza. La redención del socialismo ha aspirado á mucho más todavía, proclamando la abolición de la miseria, la rehabilitación de las pasiones, y la desaparición de las grandes fatigas y penalidades, que acompañan al trabajo del hombre. Sólo que los socialistas debieran haber advertido, á lo menos, que si para lo primero había sido necesaria la intervención divina, la segunda no podría obtenerse de ninguna manera con los medios humanos.

Para aquella redención se había necesitado la palabra de Dios y la sangre del HIJO DEL HOMBRE. La que ellos anunciaban, era demasiado radical y profunda para que fueran bastante á consumarla la inteligencia y la sangre de la humanidad entera. La divina sentencia había condenado al hombre á vivir en un valle de lágrimas con el sudor de su frente; le había desterrado de la presencia divina. La redención moral del Hijo de Dios, dejando subsistentes las condiciones físicas y materiales de la humanidad después de su caída, convirtió en rehabilitación y prueba la penalidad de su destino, imponiéndole la obligación, y ordenándole la esperanza de alcanzar una perfección, una grandeza y una gloria, de la cual el Eden primitivo no era más que un pálido reflejo, y un imperfecto

símbolo. La redención socialista aspira á resucitar este Eden sobre la tierra; aspira á que se borre de las creencias y de las religiones la expresión *valle de lágrimas*; aspira á que desaparezca de la humanidad la doctrina y la ley del sacrificio; aspira á que no haya en el trabajo del hombre el sentimiento del dolor; aspira á que no penda sobre la cerviz de la humanidad, encorvada hácia la tierra, esa tremenda espada de Damocles que se llama incertidumbre.

Enhorabuena, Señores, concedamos la generosidad, reconozcamos la nobleza de estas aspiraciones; pero la cuestión está en su posibilidad. Y sinó ¿porqué al anunciar todos estos resultados, no proclamaron también la inmortalidad, la inmortalidad corporal y física, sobre el suelo que habitamos? ¿Qué más razón había para no purgar la tierra de cadáveres, que para purgarla de pobres? ¿Es más triste el espectáculo del dolor, que la presencia cotidiana de la muerte? ¿Es por ventura, porque se vieron atajados por una ley indeclinable, física, mecánica, eterna, que regula, independientemente de la voluntad humana, la duración de nuestros órganos, y la extensión de nuestras fuerzas?

¿Y si la misma ley preside á su desarrollo y á su empleo! ¿Y si la misma condición, que está impuesta á nuestros endebles órganos, es la que regula nuestras limitadas facultades! Y si la ley del dolor y del trabajo es idéntica con la ley de la mortalidad humana ¿no vendríamos á concluir en que el principio de la moral de sacrificio es más consolador y más filantrópico que la triste idea de que la miseria del mundo es creación exclusiva del hombre, y que se sujeta á ella por su voluntad ó por su ignorancia? Y también ¿cuánto más dulce, más bello,

más consolador, y más verdadero es, Señores, padecer la muerte como una necesidad natural y como una ley divina, con la certidumbre de la inmortalidad del espíritu, y de su eterna felicidad, que si abrigáramos la aterradora y desesperada creencia de que el hombre llegaría á ser inmortal sobre la tierra; pero que hasta que descubriera este secreto, la muerte es y había de ser la nada!

Por eso, Señores, estoy muy satisfecho con la que algunos seguramente llamarán mi triste creencia. El destino físico y moral del hombre representa en nuestra imaginación y en nuestra doctrina una unidad indisoluble; y por muy bellas que aparezcan las esperanzas de los que quieren la rehabilitación de la carne, y la realización de una especie de gloria milenaria sobre este mundo perecedero, estamos persuadidos de que en último resultado, el consuelo y la esperanza, la verdadera filantropía, la mejora y la perfectibilidad están de parte de éstas, que pretenden llamar tristes doctrinas; de estos, que pueden parecer místicos, ascéticos, duros y desconsoladores principios.

Nosotros creemos, Señores, que esas aspiraciones, que esas tendencias, que esas pretensiones,—por nobles, por generosas, por seductoras que sean,—no son más en la región moral, que en la esfera de la medicina el elixir de vida eterna; y vuelto el rostro con impavidez á la contemplación del hombre, como es, y de la humanidad, como Dios la ha hecho, tenemos que buscar la ley de su perfección y de su progreso en ese círculo fatal, trazado por el hambre, la muerte, el dolor y el trabajo, leyendo en cada uno de esos pilares del estadio de la vida, la triste y antigua, pero eterna y verdadera sentencia: *Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis.*

III.

Una de estas miserias, Señores, es el trabajo; una de estas condiciones, anexas á la misteriosa organizacion humana, el trabajo penalidad, el trabajo fatiga, el trabajo dolor, el trabajo lucha, el trabajo incertidumbre.—Pues qué! ¿No es posible el trabajo diversion, el trabajo entretenimiento, el trabajo ocio?...—No, Señores, no. Esta es una ilusion que desaparece estudiando la historia del hombre, y consultando su corazon.

Todo lo necesario que se ha hecho en el mundo, todo lo grande, todo lo bello, en toda la dilatada esfera de las facultades humanas, ha sido producto de la necesidad. Para el estudio de los grandes fenómenos sociales no pueden tomarse en cuenta existencias excepcionales y privilegiadas, producto, resultado, ó más bien, anomalías de la civilizacion; sinó los hechos generales, las fuerzas que obran con igual y uniforme peso sobre todos los puntos de la humanidad. Y no hay que dudarle; sin ese primer móvil, sin ese primer despertador y estímulo de la actividad humana, ni su cabeza hubiera dado á luz un concepto, ni su brazo existencia á un solo producto, como sin un estímulo instintivo y poderoso, las entrañas de la mujer no hubieran dado la vida á un solo sér de su especie.

Suprimid, Señores, la necesidad, la necesidad material, física, diaria, poderosa, irresistible, apremiante; y no existirían en el mundo ni riqueza, ni civilizacion, ni grandeza, ni hermosura: nada habría dejado el hombre á su paso por la tierra: nada habrían heredado, una de otra, las generaciones humanas. Consultad la historia de

las ciencias: consultad los orígenes de las artes; examinad el principio y crecimiento de la industria humana, la acumulacion de sus medios, el aprovechamiento de sus fuerzas, la formacion de sus capitales, la invencion y desarrollo de sus métodos, el progreso y extension de sus descubrimientos; y no encontraréis nunca presidien-do á estos hechos fecundos, y al frente de esos resultados importantes ó útiles, á esas existencias desocupadas y libres de los cuidados de la vida, que segun la opinion de algunos, son las que pueden consagrarse más fácilmente al servicio de la humanidad.

No, Señores, no. En la historia, en la práctica no ha sucedido así. Las eminencias de la industria han nacido en las regiones del trabajo penoso. Los grandes génios de las artes han sido criaturas necesitadas y desvalidas. Los maestros de las ciencias no han ilustrado al mundo sobre la pluma de los cojines, ni bajo los artesones de la opulencia.

Desde Homero á Cervantes; desde Thales y Pitágoras á Newton, y á Kant; desde los primeros inventos,—que cuando se atribuyen á divinidades, dicho se está que no se debieron á los magnates del mundo,—hasta las maravillas de Arkwright, Jacquart y James Watt; desde Zéuxis á Goya, y desde Fídias á Thorvaldsen,—reparadlo bien, Señores; seguro estoy que os servirá más de orgullo y de consuelo, que de desesperacion;—veréis que todos los pasos que la humanidad adelanta, que todos los portentos con que se ilustra, que todas las comodidades con que se enriquece, que todas las luces con que se ilumina, salen de aquellos lugares, *donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion*; y que son muy contados, muy excepcionales,

insignificantes ciertamente, en el adelanto de la humanidad y en el progreso de las naciones, los frutos del ocio, y los trabajos de las existencias regaladas y tranquilas.

Y no os hagais, Señores, ilusion con que el trabajo tiene tales encantos, que la actividad humana vuelve de suyo á ejercitarse en las más rudas faenas; que si por falta de necesidad las abandona, quedan siendo enmedio de la civilizacion, fuentes y origen de los más vivos placeres, y á las veces, de ardentísimas pasiones las primitivas y rudas faenas del trabajo corporal más afanoso.

Veréis todos los dias entretener los ócios del rico las ocupaciones del campo: os hablarán de que el muelle habitante de las ciudades se lanza á las inclemencias y fatigas del placer de la caza, con el ardor que todos conocemos, y que alguna vez admiramos. Sí, Señores, hasta las industrias penosas, hasta los trabajos malsanos y ahogados del herrero, del mecánico, del ebanista, han venido á alojarse en los palacios opulentos; y hemos visto á algun Rey olvidar los graves cuidados del Gobierno, por asir con inexplicable deleite el torno del mecánico y las herramientas del cerrajero.

Todo esto es verdad, Señores. Porque es tal la necesidad de accion y de fuerza, que forma el carácter de nuestra organizacion, que la naturaleza parece que se complace en hacer todos los dias enérgicas protestas, y solemne reivindicacion de sus derechos en favor de la primitiva condicion y de la energía nativa de las razas humanas. Sí: el trabajo del hombre es placer muchas veces, aunque sea siempre fatiga: es placer moral, cuando deja de ser placer fisico, la agitacion que le arrebatara en los peligros, y que le dá el orgulloso sentimiento de sus fuerzas y de su superioridad en el orden de los séres que pue-

blan la tierra; y hasta el marinero sobre un frágil leño, en la inmensidad de los mares, siente con frecuencia el vértigo de la embriaguez del orgullo de ser hombre, y de poder hacer frente él, — miserable y pigmea criatura, — al huracan que conmueve los elementos.

Sí: hay placer, hay atractivo, hay fascinacion en el trabajo, en el peligro, hasta en la muerte á veces. Pero en este placer no veis más que un lado, el lado luminoso de la condicion humana. Extended un poco vuestra consideracion. Dad á ese agricultor de la civilizacion la ocupacion exclusiva, y la necesidad imperiosa de vivir del fruto de sus cosechas: esas fatigas halagüeñas y esos gozosos sudores del cazador de las ciudades, transportadlos al hombre que no tiene con qué mantener á su familia, sinó con el precio del ave cogida ó de la fiera despedazada: convertid á ese rico, que agita por entretenimiento los fuelles de su laboratorio, en el mísero trabajador que aviva, bañado en sudor y ennegrecido con el hollin, la chimenea de un vapor: destronad á ese Rey cerrajero, y ponedle en condicion de que no coma otro pan que el que le den sus limas y sus tornos.....

¿Qué mas, Señores? ¿Las ocupaciones artísticas os parecen descansadas y deliciosas? — Pues á esa jóven, que se embelesa y os encanta con sus dedos en el arpa, ó con sus manos sobre las teclas de un piano, colocadla ganando el sustento con su habilidad ó con su armonía; y veréis cómo varía en un momento de naturaleza y de perspectiva la condicion del trabajador y la índole de su taréa. Veréis que ese Monarca os parece acaso ménos digno de compasion en un patíbulo, que su hijo en la tienda de un zapatero: veréis cómo sobre ese instrumento melodioso hay por las noches otras lágrimas que las de la ternura!....

¡Ah, Señores! Hasta las caricias del amor, y los éxtasis más deliciosos de la vida, miradlos diariamente convertidos en medio de remediar la indigencia, y de subvenir al sustento de una mujer, de una familia, á veces de padres enfermos y desvalidos; y examinad despues porqué y de qué manera sucede que todas esas ocupaciones, — ora penosas, ora placenteras, — se convierten en dolor, desde que se convierten en trabajo.

No acuseis á la sociedad, no: acusad á la Providencia.... Pero no acuseis á nadie, si despues de habérseos desvanecido la ilusion de que los trabajos podían ser placeres, tenéis que desengañaros de otra alucinacion no ménos halagüeña, reconociendo en la historia de todos los tiempos y en la comparacion de todos los trabajos del hombre, que los ejercicios de pasatiempo y de ócio, de conveniencia y de recreo, son estériles; y que sólo los de necesidad, y de fatiga y de anhelo, son verdaderamente fecundos, productores, progresivos, de individual recompensa, y de social y duradera utilidad. Al trabajador por recreo, que lo es en brazos del ócio, y contra el ócio mismo, nada le importa su resultado: al trabajador por necesidad, le vá en ello la vida y la fortuna; y nunca está seguro ni de su conservacion, ni de la estabilidad de su bienestar.

Hé aquí, Señores, la diferencia inmensa, que créa un abismo entre ambas condiciones. Hé aquí, lo que hace al trabajo individual duro y afflictivo: hé aquí lo que le dá el estímulo de ser incesante, tenaz, expansivo, inteligente, codicioso; y hé aquí, Señores, tambien lo que hace sus frutos tan preciosos, y sus adquisiciones tan queridas del hombre. Aún por eso ha dicho un hombre de talento, que vive en nuestra intimidad, que "la necesidad es la Musa de estos tiempos."

No en vano la Providencia reproduce en la obra de sus manos y de su inteligencia, en el hombre, lo que se consuma en las entrañas de la mujer. Ella concibe con deséo, y pare con angustiosos dolores, que la matan á veces. Nunca sabe si quedará viva: nunca si el fruto de sus entrañas será un cadáver ó un mónstruo; pero escrito está, — así en la naturaleza como en el Libro de las verdades eternas, — que, á la vista del hijo que nace, olvida todos sus dolores, y por la vida de aquella criatura, que ha puesto en peligro su vida, volverá á arriesgar mil veces la existencia.

¿No reconocéis, Señores, en estos caracteres, la identidad de una misma ley misteriosa y divina para todo lo que la criatura humana deséa, para todo lo que la criatura humana produce, para todo lo que ama, para todo lo que posee? ¿No os parece necesario que todo sea fugaz, que todo sea transitorio, que todo, empezando por su propia existencia, sea incierto é inseguro, y que todo, — y lo primero sus hijos, — le cueste llanto y suspiros, y afan y dolor? ¿Es esto ó nó verdad, Señores? ¿Es esto, — repito, — una vision poética de la imaginacion, ó una verdad profunda y positiva, de notoria é irrecusable evidencia, que enlaza la historia de los fenómenos económicos con la region de las idéas morales? — Pues si es verdad.... vosotros, los que pretendéis variar las condiciones del trabajo, ¿porqué no habeis de variar primero las condiciones de la maternidad y las del amor, y las de toda pasion humana, y las de toda la vida?

¡Oh Señores! Alguna vez hemos visto en los escritos de los socialistas modernos poéticas y deliciosas pinturas de la felicidad del ócio y del bienestar, que se prometian en el paraíso de sus utópicas creaciones: hemos visto

animadísimos cuadros, en que se elevaban á la region de la más alta poesía las escenas más prosáicas de la vida, y en que se revestían de las ilusiones de un cuento de Hadas, ó de una comedia de mágia los trabajos, al parecer más penosos y repugnantes, á que vemos diariamente entregadas las nueve décimas partes de la poblacion humana.

Nosotros hemos visto las descripciones de esas siegas, de esas talas, de esas cortas, de esos desmontes, de esos descuajes, de esas explotaciones, de esos grandes trabajos industriales, como nos los pinta Fourrier, con todo el aparato de las evoluciones militares, con sus pendones al viento, con sus músicas al frente, con sus banquetes sociales, con sus cantos, y con sus fiestas, en cuya comparacion nada serían los festines de los Baltasares modernos. Hemos visto, á favor de la aplicacion de la maquinaria, convertida en una decoracion teatral hasta la cocina de esos encantados palacios del pueblo, que llamó Falansterios, y hechos agradables y ennoblecidos hasta los súcios trabajos de la limpieza y aseo.

He meditado tambien, Señores, en todo lo que, sin llegar á tan orientales ilusiones, han creido posible otros organizadores, teniendo en cuenta el impulso que reciben todos los dias los adelantos de la mecánica y los maravillosos medios, que á cada momento adquiere el hombre; y ciertamente ni mi imaginacion es de aquellas que repugnan la dilatacion de lo bello, de lo grande, de lo maravilloso; ni mi corazon, Señores, es de los ménos entusiastas por toda gran mejora, por toda innovacion que afecte á la condicion y bienestar del pueblo y de la humanidad; yo, Señores, que sólo por cruzar el suelo de mi Patria de caminos de hierro, sería capaz de ir vestido

con el saco del penitente y con los piés descalzos, pidiendo de puerta en puerta, como decia Colbert á Luis XIV que podía hacerlo él para la expedicion de la Polonia.

Sí, Señores: yo he visto sin desden esas pinturas, y sin repugnancia esas fantasías; y alguna vez, llevado por el entusiasmo de esas apocalípticas revelaciones, y admirando esa belleza y fausto, y hermosura, y suntuosidad, en que colocaban la morada del hombre y el taller de su trabajo, confieso, Señores, que he dicho en mi flaqueza, parodiando la sabida expresion de nuestro gran Poeta: ¡Ay! ¡porqué tanta belleza no ha de poder ser verdad? ¡Será acaso permitido que la imaginacion del hombre vaya más allá de la bondad de Dios?...

Pero, Señores, cuando hube meditado más fría, más profunda, más filosófica y más religiosamente sobre las condiciones del mundo, comprendí que aquella confianza sería tan irrisoria, como sacrilego éste pensamiento y aseveracion; y que si fuera dado al hombre realizar todo lo que su imaginacion concibe, empezaría, como Luzbel, por querer usurpar al Criador el gobierno del mundo, y por arrebatarle su omnipotencia y su inmortalidad.

Entónces comprendí cómo más allá de la posibilidad física, ciertamente muy grande en el hombre, porque es la aplicacion de una inteligencia espiritual, hay leyes morales, que encadenan y limitan su pensamiento, como las leyes fisiológicas limitan la duracion y alcance de sus fuerzas. Entónces comprendí que en esas pinturas ideales de la armonía social, de la civilizacion perfecta, del trabajo hecho con placer, del hombre vuelto al Paraíso por la fruta del árbol mismo que de él le había lanzado, hay no más que una belleza física, una belleza material, una belleza epicúrea é incompleta, como la belleza su-